

No hace mucho, un párroco quiso graficar en la misa dominical la idea que tenía de Dios. Explicó que siempre se ha dicho que Dios está en todas partes y que acompaña a todo el mundo en todo momento. Lo difícil, sugirió, es hacer tangible esa presencia, ofrecer ejemplos prácticos que no dejen lugar a dudas. Hizo silencio y enseguida agregó que Dios es como los mapas en línea (dijo textualmente “Google Maps”). Puede observar desde arriba y desde los costados, es capaz de abarcar con la mirada un continente o enfocarse en una casa, hasta hacer zoom sobre el patio de una casa. Y así, como todos los presentes en ese momento podían imaginar, nada escapaba a su vigilancia. Ahora bien, agregó, Dios funcionaba como los mapas digitales, pero mejor, porque no estaba reducido a la representación visual y sus distintas modalidades (mapa, relieve, tránsito, etc.): estaba en condiciones de abarcar literalmente todo, desde las voces y sonidos en el aire hasta los sentimientos más inconfesables, de un modo tal que podía prescindir de la visualización sin mayor problema, cosa imposible para Google Maps. El párroco dibujó con la mano un gesto de advertencia, o aclaración, y siguió diciendo que ello

no significaba que los mapas digitales fueran equivalentes a Dios, sino que eran un ejemplo del, como dijo, funcionamiento divino de Dios. En ese momento se hizo nítido un murmullo, como si los asistentes repitieran para sí las últimas palabras del cura. Después, al igual que siempre, al término de la misa se formaron grupos en el pequeño atrio; y entre quienes conversaban algunos de cuando en cuando dirigían la vista hacia el cielo como si temieran lluvia.

Esta anécdota ha quedado grabada en la memoria de Félix, la recuerda en cualquier circunstancia y cuando menos lo espera. En realidad son muy pocas las veces en las que piensa en Dios, y raramente en los términos usados por el párroco. En cambio sí piensa con frecuencia en los mapas digitales, en miradas superiores y en acciones levemente trascendentales. Concibe los mapas en línea como aparatos escénicos de vigilia continua, dentro de los cuales se siente incluido más allá de lo que haga o dónde esté en determinado momento; y por la combinación que encarnan entre observación insomne y fatal permanencia, se han convertido en un modelo de funcionamiento de la realidad diaria que le resulta muy inspirador. No piensa que desde la aparición de los mapas digitales su vida haya mejorado o sea menos indistinta, ni siquiera diferente, pero sí advierte que sus desplazamientos en general se han transformado en algo verificable por partida doble, como si en algún momento hubiese empezado a sembrar un rastro o halo electrónico y ahora tuviera a la mano una forma de asistir a lo que antes hacía pero no podía ver con sus propios ojos.

Así, por ejemplo es capaz de servirse de una imagen plana para evocar la marcha por algún sitio, cualquiera sea, como si la decisión abstracta de incluirse en el croquis de calles o carreteras que titilan sobre la pantalla fuera tan decisiva como cualquier desplazamiento real. O sea, puede evocar sus pasos y de este modo darle a sus recorridos –podría decir a su vida entera– una mayor consistencia. Sin embargo, la palabra evocar define parcialmente la operación mental de Félix, porque la evocación funciona también como un pensamiento proyectado hacia el futuro. Por ejemplo, cuando prevé ir a determinado sitio de la ciudad, no evoca haber estado antes allí, pero sí “evoca” con anticipación el mapa abierto sobre la pantalla, donde su presencia viene a ser un punto prefigurado y apenas brillante que se mueve con la lentitud de quien está siendo observado con atención y busca pasar desapercibido. Hay un efecto de acostumbramiento en estas representaciones de los recorridos que hace, ha hecho o va a hacer, y ese acostumbramiento tiene como contrapartida una sensación de presagio: cuando piensa en sus próximos movimientos por la ciudad, Félix evoca la imagen de su recorrido pautado sobre la pantalla; pero esa evocación es ambigua, porque en realidad consiste en una anticipación.

Valga esta explicación para señalar lo que ocurre en este momento. Félix camina hacia un café de barrio, y figurarse el recorrido sobre una pantalla, con las calles y cruces circundantes varias manzanas a la redonda, induce en él una sensación de seguridad, lo consuela y le hace pensar que la caminata para encontrarse con Rose es más

cierta en la medida en que puede evocarla diseñada en ese mismo momento en los mapas digitales. Por ejemplo, sabe que para llegar al café tiene la opción de tomar la avenida o las calles paralelas, y en cualquiera de esos casos la idea del plano barrial parpadeante sobre la pantalla lo lleva a sentirse dueño de una curiosa destreza: siente que se desliza por el mapa y al mismo tiempo navega por la superficie de la ciudad. Por lo tanto enseguida cree que la sucesión de casas y edificios, esquinas y semáforos, veredas, árboles y luminarias tiene como principal cometido ser ejemplo de aquello que de todos modos los mapas dan por sentado; o sea, como si los objetos físicos no fueran más que una réplica espacial medio adormecida de aquello señalado por los mapas, y encontraran su justificación en esa existencia complementaria.

Mientras avanza, Félix piensa que de a poco se está acercando, que en alguna esquina deberá doblar, y también piensa que en esos casos la distancia se traduce espontáneamente en lapsos de espera, porque en realidad no piensa que va a doblar en alguna esquina, sino que lo hará “en algún momento”. Se dirige al café donde ha quedado en encontrarse con Rose. Como siempre, y al igual que ella, ha previsto este momento con una mezcla de ansiedad y recelo, porque advierte que necesita el encuentro con una especie de urgencia, pero a la vez sabe que terminará resultando, por uno u otro motivo, levemente insatisfactorio. También Félix y Rose sienten algo parecido a la curiosidad por las novedades que pueda depararles cada encuentro, aun cuando entiendan como muy difícil que ocurra nada nuevo.

Excepto para quienes se fijan, el café pasa generalmente desapercibido. La calle tampoco llama la atención, el barrio todavía menos y la ciudad podría ser cualquier ciudad. Hasta la avenida que corre a varios metros del café está señalada por su indistinción, en la medida en que sólo sobresale por las caravanas de tránsito que por ella desfilan y cuyos ruidos se organizan a intervalos regulares como bramidos múltiples y bastante indescifrables. Esa avenida es de mano única y tiene un ancho apenas más grande que lo normal. Cualquier plano podría mostrar que conecta el centro de la ciudad con este barrio.

La avenida dibuja una curva a varias cuadras de la calle donde se levanta el café; después se convierte en algo así como una diagonal que enfila directamente hacia el sur. Antes de la curva los autos frenan un poco: como siempre, no saben si los otros autos reducirán la velocidad. El cambio de dirección desorienta a más de un conductor, por ello es habitual encontrar en las calles circundantes gente extraviada pidiendo ayuda. Mientras tanto, una imagen desde la altura podría mostrar el barrio aplastado y la trama a primera vista improvisada de las calles, casi nunca regular, junto con las esquinas y cruces caprichosos debido al recorrido oblicuo de la avenida, que por efecto de la falta de proporciones parece una descuidada costura sobre la escala armoniosa de ese sector de la ciudad. Pocas cuadras antes de la curva hay una cueva musical bastante famosa. Cuando llega la noche melómanos y admiradores esperan en fila para bajar y escuchar a sus ídolos. En la cueva el espacio no

abunda, deben comprimirse, cosa que a casi nadie preocupa porque todos se sienten como en un refugio, a salvo de los males de la superficie mientras arriba pasan los autos.

A cualquier hora del día, alguien que espere cruzar la avenida y lance una mirada hacia la vereda opuesta, o sea la esquina del café, difícilmente advierta nada en especial. Verá pasar las caravanas de autos, también los camiones de mercancías, más lentos y ruidosos, y esporádicos autobuses, que van aún más despacio y tienen a los costados carteles gigantes de publicidad. Cuando el tránsito cesa la avenida se vacía hasta la próxima ráfaga. Vuelve entonces un silencio provisorio, hecho de espera. Durante estos lapsos sin actividad es fácil comprobar que las cosas no han cambiado, como si un telón de silencio bajara para demostrar que una vez concluida la acción, la escenografía se mantiene igual. En efecto, ocurre muy poco mientras los autos no pasan, y hasta parece que los distintos elementos del paisaje se hubiesen ocultado tras ellos para sorprender con su quietud en cada nuevo intervalo, y así poner a prueba la atención del testigo —como si según la lógica de la avenida, cuando no pasa nada es que vale la pena mirar—.

Semanas atrás ha comenzado la estación fría, en esta parte del mundo es la época del repliegue y de la extinción. Las cosas pueden renacer después, más adelante; mientras tanto se someten a la quietud. Ahora es un momento durante la tarde, la franja de incertidumbre cuando la luz ha comenzado a ralear y la hora señala sin

embargo que es temprano. En las tardes de invierno el tiempo avanza más despacio que el día; ésta es una impresión repetida y bastante impráctica, porque de todos modos la noche va a terminar bajando. Son los momentos en los que tampoco es fácil encontrar o pensar algo novedoso; la imaginación remite, las ideas buscan ser muy prácticas o abstractas, o tienden a quedar atrapadas en la indefinición. Todo se ha volcado a la permanencia o a la lentitud, a la presencia teatral y un poco obstinada de las cosas cuando toman partido por la inmovilidad. La tarde asume entonces los atributos del intervalo: nada sirve para nada, sólo para esperar algo, quién sabe qué, y mientras tanto la claridad se irá vaciando de reflejos.

Apenas se encuentran en el lugar previsto, Rose y Félix se ponen a conversar. Desde la esquina de la avenida caminan hacia donde está el café. Cuando lleguen se sentarán afuera, en la tranquila vereda. Mientras tanto han visto a varios melómanos que dan vueltas por las calles como una manera de hacer tiempo hasta que la cueva abra las puertas y los expulse recién durante la madrugada. Al acercarse al bar, Rose y Félix descubren que está disponible uno de los largos bancos de madera sobre la vereda, donde en ocasiones se ve gente fumando o sencillamente tomando su café en los días cálidos. Enseguida deciden ocuparlo, antes de que alguien les gane de mano. Saben por experiencia que hay demasiada gente adentro del bar. Un momento después podrán comprobarlo a través de los grandes ventanales de vidrio, en los que ambos se verán borrosamente

reflejados, mezclados y confundidos con las formas oscuras que alcanzan a distinguirse en el interior.

El bar ha alcanzado especial fama debido en gran parte a su falta de espacio, o mejor dicho, a las trabajosas escenas que derivan de ello. No es fácil moverse entre las mesas, siempre se escuchan las conversaciones, las cercanas y también las distantes, llegan los ruidos del mostrador a cada momento, y aparte está la música, en general a cierto volumen. Es muy conocido el vibrante parloteo que ocupa el ambiente, mezcla de diálogos cruzados, exclamaciones súbitas y canciones escuchadas a medias, como también son legendarias las secuencias de movimientos asociados cuando alguien decide dejar su silla. Esos movimientos individuales como consecuencia del desplazamiento de otro han sido bautizados con un nombre específico, derivado lógicamente del nombre del bar. En general las contorsiones más comunes consisten en salvar los eventuales obstáculos, avanzar por donde no hay lugar, comprimirse para que alguien pase, franquear el camino levantándose de donde uno está, empujar sillas, recoger las cosas dejadas en el piso, que obstruyen un camino de todos modos bloqueado, o sencillamente retroceder e intentar por otra vía, etc.

Aunque vive a pocas calles, Rose supo de este bar gracias a Félix. Antes podía pasar por la puerta sin verlo, en gran medida porque su presencia a esa altura de la cuadra, a primera vista insignificante, no desentona con el ritmo sin novedades del barrio. Por otra parte es la manera de ser de Rose, que a veces mira sin ver. Tiempo atrás tuvo la vaga impresión de haber entrado alguna